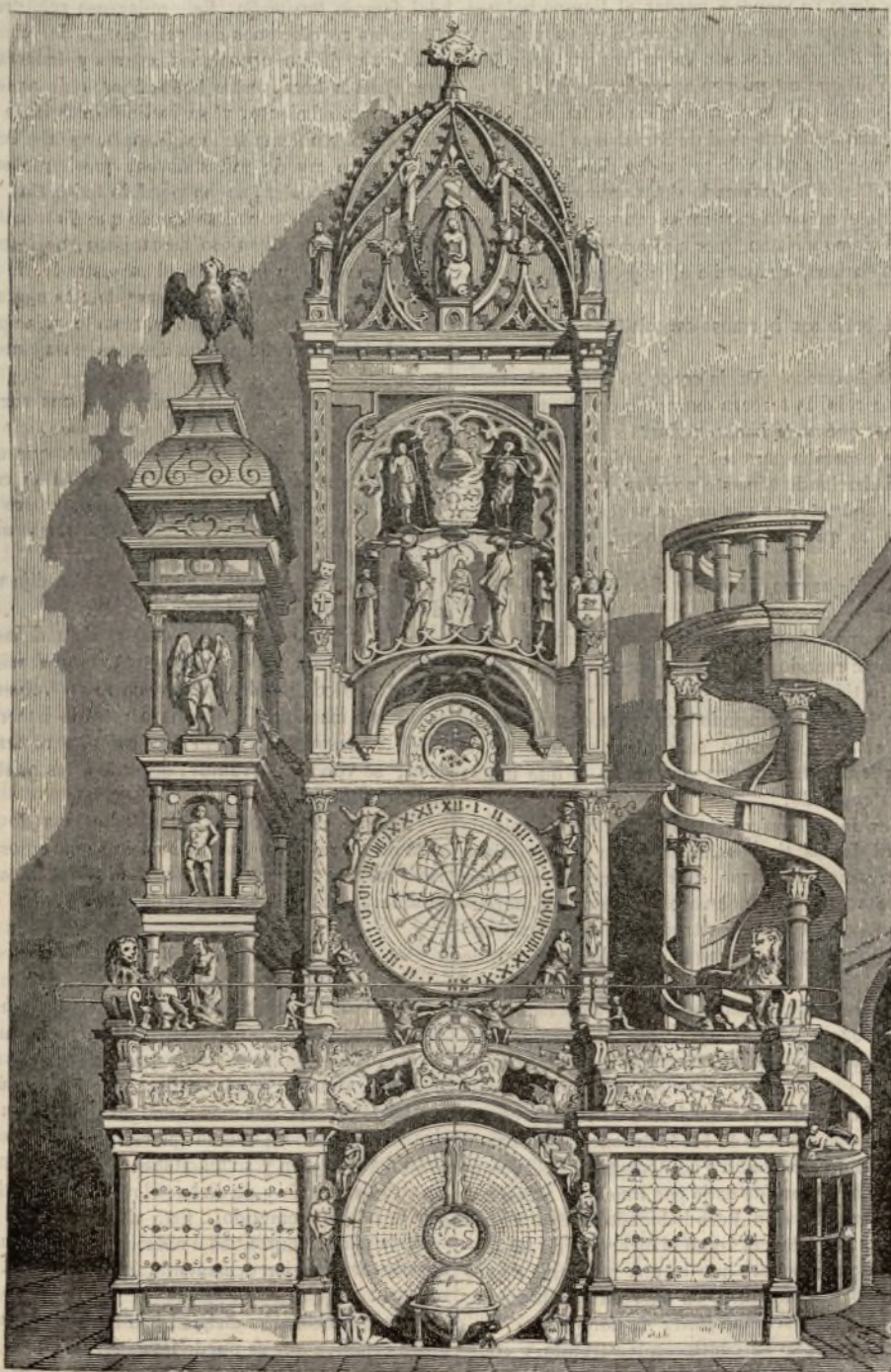


# ESTUDIOS ARTÍSTICOS.



El re'oj de Strasburgo.

SEGUNDA SERIE - 1336

AÑO XIV. 10.

## EL RELOJ DE LA CATEDRAL DE STRASBURGO.

## I.

—¿Me querrás decir, tunantuelo, lo que vienes á hacer aquí todos los días? Tú vienes á perder el tiempo holgazaneando, mientras que tu padre te cree en la escuela. ¡Ay Dios mío, cuán desgraciados son los padres en tener hijos pilluelos como tú, que no quieren aprender nada!

En estos términos se espresaba hácia el fin del último siglo, el sacristan de la catedral de Strasburgo hablando á un niño de nueve años que veía todos los días horas enteras delante del reloj tan afamado de la antigua basilica.

—Señor, dijo el niño sin mostrarse conmovido por la reprimenda del viejo sacristan, ¿por qué no anda el reloj?

—Eres bien curioso, respondió el viejo, ¿á tí que te importa?

—Es que debería ser hermoso cuando todo estuviere en movimiento.

—¿Que sería hermoso? ¡Ya lo creo! No sin fundamento se llamaba este reloj la tercera maravilla de Alemania.

—Pero... ¿por qué no le hacen andar?

—A tí te se esperaba para esto, y si quisieras... Pero yo me estoy aquí charlando con este perillan, y vienen extranjeros; vamos, apártate, ya ves que es necesario que yo les explique todo lo que hay que ver aquí, estos son mis gages....

—¿Me queréis dejar que escuche? dijo con vivacidad el niño.

—Yo debería enviarte á la escuela, pero quiero que oigas mis esplicaciones: cuando sepas todo, puede que no vengas mas á perder tu tiempo aquí.

Después de haber pronunciado estas palabras con un tono doctoral, el buen sacristan salió al encuentro de los extranjeros, y les recitó con una voz ronca lo que tantas veces habia ya repetido.

Señores, les dijo, el origen de esta catedral se pierde en la oscuridad de los tiempos. Antes de la era cristiana existía en este sitio un bosque sagrado que los romanos cortaron, sobre cuyo terreno elevaron un templo á Hércules. Mas tarde Clodoveo hizo construir aquí una iglesia catedral de madera: Pepino comenzó á añadir un coro de piedra y una capilla subterránea, que fueron acabadas por Carlo-Magno, pero habiendo sido entregado á las llamas este edificio en el año 4002, por las tropas de *Herman*, duque de Alsacia, y destruido enteramente por un rayo en 1007, el obispo de Augsburgo, *Werner*, emprendió el erigir otro nuevo. Los cimientos se echaron en 1015, y el monumento no se acabó hasta el de 1275. Entonces fué cuando el obispo *Conrado de Lichtenberg* hizo construir los cimientos de la torre, cuyo plan fué dado por *Erwin de Steinbach* que empezó su construcción. Pero habiendo muerto *Erwin* en 1318, su hijo *Juan Erwin* tomó la dirección de los trabajos: sin embargo, esta torre que es una maravilla de arquitectura, por su atrevimiento, su ligereza y elegancia, no se acabó hasta 1439 por *Juan Hultz de Cologne*.

La aguja, que se eleva á cuatrocientos treinta y siete pies de altura, está calada de alto á bajo, y sostenida solamente por la mampostería de los ángulos.

Es el monumento mas elevado que se conoce, porque la cúpula ó cimborio de San Pedro de Roma no tiene mas que 130 pies; la torre de la catedral de Viena 425, y la principal de las pirámides de Egipto 422; tambien es la primera maravilla de Alemania.

Veán ustedes, señores, ahora la tercera maravilla de este rico país, el reloj construido en 1380 segun los dibujos del famoso *Dasipodio*. Este milagroso reloj representaba todas las revoluciones del calendario, del cómputo eclesiástico y de las ecuaciones solares y lunares; cada vez que daba la hora, estas bellas figuras de apóstoles se ponían en movimiento, y se inclinaban delante del Señor. Este gallo, emblema de la vigilancia, agitaba las alas y cantaba; pero ¡ay de mí señores, queriendo solos poseer esta obra maestra, se ha perdido todo. Una crónica del país cuenta, que con el temor de que *Habrecht*, que habia inventado este ingenioso mecanismo, no intentase hacer otra obra maestra parecida, el magistrado de la ciudad le hizo sacar los ojos. Para vengarse de esta negra ingratitud, el artista dicen que rompió el resorte principal del reloj, y no habiendo nadie podido despues componerle, el reloj no anda.

—¿Pues bien! yo le haré andar, dijo una voz infantil con entusiasmo.

El sacristan creyó en aquel momento que oía al diablo, y se santiguó; despues volviéndose, vió á su compañerito, el cual con los ojos fijos sobre el reloj, el aire inspirado y el semblante animado, parecia obedecer á una voluntad sobrenatural.

—¿Qué, aun estás ahí, buena pieza?... dijo el sacristan, decididamente tú estás loco...

—No, replicó el niño hincándose de rodillas, pero juro aqui delante de Dios que me oye, y cuya asistencia imploro, que con su divina proteccion yo volveré la vida á esta obra maestra, si, ¡yo hago voto de hacer andar este reloj! Y despues de hacer una corta, pero ferviente oracion, se volvió á levantar, dejando á los asistentes en la mayor admiracion.

Algunos días despues, el niño entraba de aprendiz en casa de un relojero. Nosotros no le seguiremos en su laboriosa carrera; los gloriosos resultados que ha obtenido nos enseñarán bastante lo que ha debido ser.

## II.

El 31 de diciembre de 1842, la ciudad de Strasburgo presentaba un aspecto extraordinario, todos los habitantes de la ciudad y de las cercanías, adornados con sus vestidos de fiesta, andaban por las calles; los edificios públicos y las ventanas de las casas mas humildes se hallaban empavesadas con banderas; toda la guarnicion estaba sobre las armas; iban, venían y se felicitaban; reinaba en todas partes un aire de alegría y de dicha, el reloj debía andar; *Schweilgue* lo habia prometido... Esta obra maestra, que creian muerta para siempre, iba á resucitar; la antigua basilica iba á recobrar su mejor ornamento, á las seis iba á hacerse el milagro.

Desde las cinco se dirigia hácia la catedral la mas magnífica comitiva que se puede imaginar.

No era esa maza de cortesanos, que se arrastran bajo los pasos de un rey cualquiera que sea, no era esa multi-

tud deslumbradora, que el poder lleva siempre en pos de sí, era un pueblo de trabajadores laboriosos que venían espontáneamente á rendir un brillante homenaje al genio de uno de los suyos. En medio de una doble fila de soldados, porque el ejército también rendía homenaje al héroe de la fiesta, se adelantaban después dos hombres á caballo llevando hachas; después un coro de música militar, y otro de cantores, la gran bandera de la ciudad representando la Santísima Virgen y el niño *Jesus*. La diputación de maestros obreros seguida de las corporaciones y gremios con sus banderas; después venían los obreros del taller de Mr. *Schwilg*, orgullosos de trabajar á las órdenes de tal maestro, y los de la fábrica de *Graffontadem*. Los discípulos de la escuela industrial y los artilleros llevaban un trasparente representando el reloj astronómico, y la figura de la Astronomía, coronando el busto de Mr. *Schwilg* con esta inscripción: *A Schwilg, la escuela industrial*.

Esta comitiva, precedida y seguida de destacamentos de tropas y acompañada de una inmensa población, se paró delante de la plaza de la catedral. Inmediatamente empezó la ceremonia religiosa.

*Schwilg* se volvió á encontrar entonces en el mismo sitio á donde cuarenta y tantos años antes venía tan á menudo; pero no salía á su encuentro el viejo sacristán que tanto le regañaba; ahora era monseñor el obispo quien revestido de sus hábitos pontificales, seguido de todo el cabildo, precedido de los turiferarios, de la cruz, rodeado de todas las autoridades eclesásticas y civiles, venía á recibirle y bendecir delante de él, la obra que de niño había jurado componer. Allí, donde había pedido á Dios la fuerza y el genio, era donde venía á darle gracias de haberle sostenido é iluminado. Apenas el obispo había derramado el agua santa sobre el monumento: apenas los levitas habían acabado los cánticos sagrados, cuando *Schwilg* se adelantó con paso firme hacia el reloj y le tocó con su sabia mano. Inmediatamente como por encanto el reloj, obedeciendo al impulso que se le había vuelto á dar se puso en movimiento: el ángel señaló las seis, los apóstoles tanto tiempo inmóviles, vinieron á inclinarse delante de su divino Maestro: el cuadrante marcó las diversas revoluciones del calendario, del cómputo y de las ecuaciones astronómicas: el gallo agitó sus alas, é hizo oír su canto, y la voz de la campana sonora bajando de lo alto de la torre, corrió á anunciar á las gentes que se agolpaban al rededor de la catedral, que el milagro estaba consumado.

En el mismo instante resonaron de todas partes gritos de admiración; la muchedumbre se agitó, se felicitaba, se abrazaba, y el nombre de *Schwilg* era repetido por todas partes con entusiasmo.

### III.

¡Oh! era un espectáculo admirable la alegre embriaguez de este pueblo lisonjeado en su creencia religiosa, en su orgullo industrial, por la resurrección de la obra maestra que hace su gloria. Y mientras estas aclamaciones llenaban el aire, *Schwilg* inmóvil delante de su obra, se decía en silencio mirando cada movimiento del reloj: «Yo estaba seguro de hacerle andar.»

Cuando el silencio empezó á restablecerse, el obispo subió al púlpito, y con una voz conmovida, después de dar gracias á Dios de quien emanan el valor y toda noble inspiración, dijo:

—¿Por qué, señores, admiramos la obra maestra salida de las manos de este hombre extraordinario, que ha sabido ocultar con gran sencillez largo tiempo bajo el celo de una modestia cristiana todo lo que encierra de generoso, de grande, de constancia, y de desinterés esta alma, tan leal, tan cándida y tan franca? Por que penetrado de la debilidad y de la dependencia del hombre, se ha puesto de rodillas delante del que ha creado el tiempo y el espacio, socabado los abismos del Océano, y lanzado en la inmensidad del Universo estos astros y planetas que cantan la gloria de Dios como los ángeles alrededor del trono del Señor.

El ha sabido reunir en su pensamiento toda la creación y todo el código de la naturaleza, y ha logrado retratar en su reloj, con una precisión sin ejemplo, esta grande obra de Dios: los minutos, las horas, los días, los meses, los años, los siglos, se suceden como en el orden de la naturaleza y el de la gracia. El cuadrante sigue el movimiento de la tierra; el ángel á quien Dios ha mandado en los salmos que vele sobre nosotros, es un guardian fiel, y nos dirige cada cuarto de hora, una ó muchas palabras de consuelo.

La muerte nos recuerda veinte y cuatro veces por día la hora fatal. Jesucristo dominando todo y á cuyo nombre se debe doblar toda rodilla en el cielo, en la tierra, en los infiernos, está sentado en las nubes como juez supremo; los apóstoles representando al género humano pasan y se inclinan delante de su maestro, para recibir su bendición. El gallo, este reloj vivo, símbolo de la vigilancia que toca el despertador, anuncia la aurora, alegra con su canto al caminante anunciándole el fin de la tempestad; el gallo, á quien, según la espresión de la Sagrada Escritura dotó Dios de inteligencia, nos exhorta á llorar con San Pedro nuestras infidelidades, y nos escita batiendo las alas á elevarnos al cielo por esfuerzos continuos y por actos unánimes de valor y virtud.

Nosotros pedimos al cielo que derrame con abundancia sus bendiciones sobre esta obra maestra y sobre su autor para siempre ilustre, sobre esta antigua y querida ciudad....

El nombre de *Schwilg* brillará en adelante en los fastos de nuestra magnífica catedral al lado de los de *Werner* y de *Erwin*: las demostraciones tan cordiales como bien merecidas de que este venerable anciano va á ser objeto de parte de las autoridades y de sus conciudadanos, probarán á toda la tierra, que nuestras ciudades como nuestras provincias, nuestras provincias como la Francia entera, se levantan como un solo hombre, cuando se trata de defender el honor de la nación, y coronar el mérito.

A pesar de la santidad del lugar, nuevos vivas acompañaron á este discurso.

Pero estos redoblaron sobre todo cuando *Schwilg* apareció en la plaza de la iglesia. Resonaron los clarines, y se cantaron canciones por un coro de cantores. Todas las autoridades le dirigieron iguales felicitaciones, todos gritaban.—¡Honor á *Schwilg*! ¡Honor al grande artista! Y este grito se repitió en toda la ciudad.

En seguida en medio de los mismos honores y aclama-

ciones de regocijo, *Schwilgue* fué vuelto en triunfo hasta la modesta habitacion, en donde habia concebido y ejecutado su obra.

Nada ha faltado á *Schwilgue*. Por una parte la religion le honra y le tributa gracias, y llama sobre él y sobre su obra todas las bendiciones del cielo; por otra le llevan en triunfo sus compañeros y conciudadanos, y en fin, los magistrados de la ciudad son los que le felicitan por el nuevo esplendor que atrae sobre la ciudad. ¿Y á qué debe tanto honor el pobre hijo de *Strasburgo*? Al mas esencial de todos los méritos, al trabajo, á la perseverancia, al estudio

que desenvuelve el genio, que le da fuerza creadora, fuerza de ejecucion, y que hacen en pocos años de un pobre niño un hombre de quien todo un pais se honra, y á quien tributó el mayor de los honores, una ovacion popular.

¡Pero ay de mí! Faltaba en esta tan hermosa fiesta un personaje que se hubiese sorprendido mas que otros; era el viejo sacristan. Yo pregunto, ¿cuál hubiera sido su asombro, si hubiera podido volver á encontrar en el hombre de genio á quien coronaba una poblacion entera al perillar á quien regañaba tanto hacia cincuenta años.

## ESTUDIOS SOBRE SINONIMIA CASTELLANA.

### ABOLIR, ANULAR, DEROGAR, EXTINGUIR, SUPRIMIR.

Conviene estos verbos en expresar el fin ó término de alguna cosa: vamos á ver en que difiere su respectiva significacion. La de *abolir*, como la de *derogar*, provienen muchas veces de autoridad más ó menos competente; pero la voluntad, el convencimiento, la moda, pueden y suelen *abolir* costumbres, trajes, asociaciones y otras cosas sin intervencion de la autoridad, y á semejantes *aboliciones* no es aplicable el verbo *derogar*. La caridad inspirada por el Evangelio, la antorcha de la civilizacion *abolieron*, no *derogaron*, entre los salvajes de América la atroz costumbre de devorar á sus semejantes; ya hace muchos años que en el paisanaje de España están *abolidos*, por haber caido en desuso, los sombreros de tres picos. La *derogacion* es más limitada y contrada que la *abolicion*. Para mandar legalmente que queden sin fuerza ni vigor una ó algunas leyes determinadas, se emplea el verbo *derogar* con preferencia al otro. Un conquistador ó un tirano, que quieren *sobreponerse á todas las leyes*, no hablan de *derogarlas*, sino de *abolirlas*, ó más bien de *suprimirlas*. Anular, en su más propia y usual acepcion, no recae sobre leyes ó sobre providencias gubernativas, sino sobre actos que dimanen de ellas. Se *anula* un contrato, una votacion, una subasta, etc.; y nótese que para las *anulaciones* se invoca siempre la justicia, real ó aparente. Se dice tambien que se *anula* á un hombre, ó una asociacion, tal ó cual industria, el comercio de este ó del otro ramo, de esta ó de aquella ciudad, cuando por medios directos ó indirectos se les reduce á la impotencia, á la nulidad, y á ninguno de estos dos últimos conceptos se prestan los vocablos *abolir*, *derogar*, *extinguir* ni *suprimir*. La accion de *extinguir*, fuera de su material ó metafórica aplicacion al fuego, ó de otras que le son análogas en sentido figurado, como *extinguir* los odios, las enemistades, los bandos, etc., es más generalmente obra del tiempo, ó de una calamidad, como la peste, la guerra. No se dice, en efecto, que los hombres *extinguen* familias, pueblos, razas; para actos tan feroces hay verbos más significativos, como *debelar*, *asolar*, *exterminar*. Por último, se usa del verbo *suprimir*, y no de ninguno de los otros, cuando se quiere dar á entender que buenamente se excusa ó se quita algo por gravoso, por in-

conveniente, por innecesario ó por superfluo; v. gr., un criado á quien ya no se puede mantener; una órden monástica que, sobre-onerosa al estado, se la tiene por enemiga del gobierno; un período por redundante; los pasaportes, ciertos dias festivos, etc. Esto no obsta para que haya *supresiones* mal entendidas ó infundadas ó inútiles, ni para que algunas se consideren como *extinciones* con el trascurso del tiempo. El gobierno de Carlos III no *extinguió* propiamente, aunque á eso tiraba, la sociedad de los jesuitas, supuesto que más tarde se *restableció*; pero ántes de este restablecimiento, como despues de *anulado*, ha podido decirse la *extinguida* compañía de Jesus.

### ACOBARDAR, AMEDRENTAR, ARREDRAR, INTIMIDAR.

*Acobarda* el conocimiento de la propia debilidad ó impotencia; *amedrenta* la vista ó el convencimiento de la superior fuerza que no es dado arrostrar, aunque se quisiera; *arredran* los obstáculos, las dificultades; *intimidan* las amenazas. El que en un lance se *amedrenta* ó se *intimida* puede no ser *pusilánime* de condicion, como lo es generalmente el que se *acobarda*. No hay hombre tan valiente, que no tenga miedo alguna vez ó á alguna cosa, y por consiguiente, que pueda decir: «Á mí nada ó nadie me *amedrenta* ó me *intimida*.» Hay más; los infortunios, las dolencias, la ancianidad, el temor de comprometer la vida, ó siquiera el bienestar de la mujer y los hijos, llevan la postracion al ánimo más varonil, y para tal estado de desaliento el verbo *acobardar* es más apropiado que los otros dos. *Arredrarse* puede ser obra de la cobardía ó del miedo; pero en muchas ocasiones lo aconseja sin desdoro la prudencia.

### ACOMODO, COLOCACION, CONVENIENCIA.

Hermánanse los tres sustantivos en la comun idea de mejorar de situacion. Todavía en este concepto fraternizan mas entre sí *acomodo* y *conveniencia*, pues casi exclusivamente se contraen á las personas que tienen necesidad ó costumbre de servir á un amo que las mantenga. La *conveniencia* es, no obstante, en todos sentidos más ventajosa que el *acomodo*, pues aquella supone cierto bienestar, y este satisface sólo la imperiosa necesidad de abrigo y alimento. Así es que el criado cesante, como encareciendo lo mal que se halla, no dice que está *desconvenido* ó *desconvenienciado*, que sería, si lauviésemos, la expresion

más propia, sino *desacomodado*. Él siempre busca una *conveniencia*; pero á falta de ella, se contenta con un *acomodo*. La palabra *colocacion*, más general, no excluye á los sirvientes; pero por haber parecido mejor sonante, la han adoptado con preferencia, como expresion de sus deseos, los que aspiran á ganarse la vida ocupándose en tareas ménos penosas y serviles, y especialmente los que suspi-

ran por sentar plaza de empleados, ó por volverlo á ser, si un ministro con quien no congeniaban les ha quitado su *acomodo* ó su *conveniencia* para dar *colocacion* á otros pretendientes, que pueden no ser más capaces y beneméritos, aunque hagan más gracia á Su Excelencia.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### ANÉCDOTAS HISTÓRICAS

#### DE FEDERICO EL GRANDE.

La historia se apodera de la vida de los hombres grandes; y despues de la historia, la anécdota se complace en presentarla bajo un aspecto no menos curioso tal vez. La vida del rey de Prusia, Federico II, llamado el Grande, ha dado tanta materia á la anécdota como á la historia. Hemos procurado beber en las mejores fuentes los detalles que mas puedan interesar y divertir sobre este príncipe famoso.

Una aventura cómica, y que recuerda una escena de la comedia del *Legatario*, vino á cerrar en cierto modo la historia bastante triste de los continuos debates y querellas ocurridas entre Federico Guillermo y su hijo el príncipe real.

Hacia fines de mayo de 1740, el anciano monarca tuvo en Postdam un desmayo tan largo ó letargo, que engañado un oficial por las apariencias, envió ligero de incógnito un extraordinario á Rhinsberg, para anunciar al hijo la muerte del padre. El extraordinario llegó de noche.

—¿Con que soy rey? Marchemos.

Tal es el repentino grito que resonó en palacio. Apresuráronse á levantarse, vistieronse sin luz, y marcharon antes de amanecer: llegaron á Postdam. Federico Guillermo (que vulgarmente llamaban Guillermo el Gordo) vivia aun: habia vuelto de su letargo, y aun habia querido levantarse y que le pasearan por los corredores del palacio. Llevaba su uniforme, sus botas, su faja, su espada, su sombrero de ordenanza. Júzguese de la emocion de su hijo al hallarse delante de semejante aparicion!

Cuando á la mañana siguiente, 31 de mayo, Federico Guillermo murió real y verdaderamente, el príncipe heredero temió todavía durante algunas horas que no fuera aquello un nuevo letargo; lo que le hubiera comprometido gravísimamente; ¡tanto conocia por experiencia el carácter colérico del viejo rey!

No siendo todavía mas que príncipe real, Federico habia admitido al honor de vivir con él en la mas íntima familiaridad al conde Wartensleben. Creyendo descubrir la avaricia en el número de los defectos de su jóven amigo.

—Mi querido conde, le dijo un dia, (ya era rey) mis deberes y mis ocupaciones se acrecientan con mi nuevo título; en el trono de Prusia debo reducirme á las leyes de una severa economía.

El rostro del conde se puso sombrío y pálido.

—Sin embargo, añadió el rey despues de una ligera pausa, puede haber escepciones: vos, vos, vos...

A cada uno de estos *vos* renacia la calma en las facciones sombrías al pronto de Wartensleben: llegó hasta brillar la alegría. Viéndole ya en aquel punto de embriaguez y de esperanza, Federico abrió sus ojos penetrantes: una risa sardónica dominó en sus lábios, y exclamó con una voz de trueno:

—Yo espero que *vos*, que sois rico y mas que económico, no creais tener parte en mis liberalidades. No recibireis, pues, de mí ni un solo escudo.

—Si jamas salió verdad alguna de su boca, fué ésta, repetia en su vejez con sarcástica risa el general, conde de Wartensleben.

Al llegar al trono el rey de Prusia, olvidó las injurias del príncipe real. Conocia todos los miembros de la comision que le habia juzgado por orden de su padre. Sabia como habia opinado cada uno de ellos, y no les manifestó nunca el menor resentimiento. Despues de quince años de reinado se le oia decir:

—Existe ahora en Berlin un hombre que me ha condenado á que me cortasen la cabeza, ¡ese hombre que yo conozco come tranquilamente en su casa!

Empero si su padre llevó la crueldad con él hasta el punto de hacerle condenar á muerte por una comision, en cambio y desquite de esto su madre, la reina Sofia Dorotea, la amaba tiernamente, y nunca soberano alguno se mostró mejor hijo. Iba todos los miércoles á saludarla, á no ser que estuviese ocupado en la guerra ó en pasar sus revistas. Tenia siempre en su presencia el sombrero en la mano. Si llegaba cuando se hallaba jugando la reina viuda, se mantenía de pie detrás de su sillón, y no se sentaba sino despues que ella se lo hubiese permitido con estas palabras:

—Sentaos, hijo mio.

Entró un dia en su cuarto cuando menos lo pensaba: estaban jugando al faraon. Los jugadores trataron de esconder sus cartas. Federico viendo su turbacion:

—Sabeis bien, les dijo, que nunca hay rey en el cuarto de Sofia, todo lo que mi madre juzga oportuno permitir en su habitacion, está á cubierto de toda censura.

Volvieron á continuar el juego: pidió que se lo explicasen: le echaron cartas: en fin, desbancó al banquero que le anunció que todo el dinero le pertenecía. Entonces el rey echó todo el dinero sobre la mesa.

—Os engañais, respondió, nada puede pertenecerme; yo no jugaba, aprendia solamente á conocer el juego. Os doy

las gracias por vuestra complacencia: despues de esto entró en el cuarto de su madre. Fué la única vez de su vida que jugó á las cartas.

La sumision de Federico á los deseos de su madre llegaba casi hasta la debilidad: la anécdota siguiente lo probará.

La reina madre habia rehusado al opulento Mr. de Neal, el honor de ser admitido en su corte, y de que se lo presentasen. Poco tiempo despues, teniendo ella misma que obtener una gracia del rey se dió prisa á hacerle su peticion.

—Hijo mio, le dijo, necesito que me concedais un favor.

—¿Cómo, señora! todos vuestros deseos son órdenes para mí.

—Pues bien, dignaos mandar que la condesa de Roderer, esposa del mariscal de mi cuarto, sea presentada.

—Señora, sabeis que nada puedo rehusaros; pero á título de favor por favor me permitireis tambien recibir en vuestra corte á mi *camarada* el virey de Surinam.

Aquel nombre de *camarada* era dado por ironía al opulento Mr. de Neal, que aseguraba haber tenido tanta autoridad en su gobierno de Surinam, como el mismo Federico en su reino de Prusia.

No era menos buen marido que hijo, aunque el despotismo de su padre le redujo á casarse, contra su inclinacion, con una princesa de Brunswick. La corte se reunia mas bien en las habitaciones de la reina de Prusia que en las del rey, que guardaba con ella las mayores atenciones; y nadie mas digna de ellas porque era la mas caritativa de las reinas. En una grave enfermedad de que se vió acometida, Federico esperimentó mortales inquietudes. Nada lo manifiesta mejor que la carta que escribió á su médico.

«Llamad á junta á vuestros compañeros: consultad á los mas hábiles: pensad en mis angustias personales, en la virtud de mi esposa; y sobre todo en los pobres que lo perderian todo con ella.»

Asi tenia el mayor respeto á la institucion sagrada del matrimonio. Uno de sus mejores generales casado con una de las mas hermosas mugeres de una de las mas antiguas familias de Berlin, era dentro de casa el mas desgraciado de los hombres. Solicitó del rey el permiso de divorciarse:

—No, mil veces no, replicó el príncipe: estoy muy lejos de pensar como mi hermano José II, que ha restablecido el divorcio. Vuestra muger es por otra parte de demasiada buena casa para que os separeis de ella: pues que la habeis escogido por esposa, conservadla.

Fué igualmente excelente hermano, sobre todo con sus hermanas. Le causó el mayor pesar la muerte de su hermana la Margrave de Bareith. Si fué duro ó severo con el príncipe real por su incapacidad en los campos de batalla, se mostró muy amable y cariñoso con el príncipe Enrique, su hermano segundo que acababa de cubrirse de gloria en una campaña contra Laudon, generalismo austriaco de los ejércitos del imperio. En una gran comida dada á sus generales, habiendo referido las faltas cometidas de una parte y de otra sin perdonarse á sí mismo, prusianos, austriacos, rusos, ingleses, suecos, de brunswick, y franceses, todo fué pasado en revista, y juzgado del modo mas imparcial.

Vamos, señores, dijo al concluir: á la salud del único general que durante toda esta guerra (la de los siete años) no ha cometido una falta. ¡Hermano mio! Sois vos.

El segundo príncipe real, Guillermo Augusto, habiéndose mostrado gran capitán en la accion de Breslaw, cuando se presentó delante de su tío:

—Señor, le dijo Federico con un tono grave y sério en presencia de los generales, ya no sois mi sobrino....

Y abrazándole despues:

—¿Sois mi hijo! añadió; es posible que yo muera en un ataque violento de gotá, pero no se perderia nada, porque dejo un sobrino que volverá á comenzar mi vida.

Si pasamos de la familia real á los generales de Federico y aun á sus simples tenientes y soldados, ¡cuántos rasgos de bondad y de inagotable beneficencia encontraremos! Los veteranos eran sobre todo objeto de su mas tierno afecto. Cuando se llegaba á ellos estando sobre las armas, tenia siempre el sombrero en la mano. De este modo teniendo cerca de setenta y cinco años, estaba en conversacion con el célebre general Ziethen que tenia mas de noventa.

Era no solamente político sino tambien noble y generoso.

Un coronel de su comitiva cargado de familia contrajo deudas. Federico lo encontró un dia triste y pensativo:

—Siempre estais apesadumbrado, le dijo. ¿Qué teneis? Entre amigos es preciso confiarse sus penas....

Y sin darle tiempo para responder:

—He sabido, añadió, que debais dos mil escudos....

Volvióse hacia una mesa, tomó algunos cartuchos de fusiles; y dándoselos al coronel:

—Tomad, le dijo; ahí teneis con que pagar vuestras deudas.

Despues, dándole todavia mas:

—Y aquí con que poñeros en estado de no volverlas á contraer.

Un cabo de guardias de corps, tan vano como valiente, llevaba una cadena de reloj, en cuyo remate, por no tenerlo, habia puesto una bala de fusil. Dijéronselo al rey:

—A propósito, cabo, le dijo un dia el rey; preciso es que seas un hombre muy económico para haber podido comprar un reloj....

Yo tengo las seis en el mio; veamos ¿qué hora tienes tú?

—Señor, respondió el cabo, sacando la bala del bolsillo de su chaleco: mi reloj no marca ni las cinco ni las seis, pero me advierte á cada instante que debo estar pronto á morir por vuestra magestad.

—Toma, amigo mio, le respondió Federico enternecido, toma este reloj á fin de que puedas ver tambien la hora en que morirás por mí. El reloj estaba guarnecido de brillantes.

Federico habia enviado la cruz de mérito á un capitán que siempre habia mostrado celo y valor, pero que no era menos pobre que el cabo del reloj.... de la bala de fusil.

—Amigo mio, dijo el capitán al page que le llevaba la condecoracion; la costumbre es dar en cambio once ducados, y yo tengo muy pocos mas de esos: esos ducados los necesito mas que la cruz de mérito, porque los necesito para vivir. Volved, pues, esa cruz á S. M., y decidle lo que acabais de oir.

El page dió cuenta de su comision, y Federico le envió á la mañana siguiente con el page al mismo capitán la cruz de mérito con un billete en que le decia:

«Querido capitán: habia olvidado que os debia cien du-

cados, y os los envío con la cruz de mérito que tan legítimamente se os debe.»

—¡Hola! dijo el capitán al paje; esto ya cambia de especie: en lugar de once ducados recibireis veinte y dos, y decid al rey que pues que así paga sus deudas, yo pagaré también las mías.

Si Federico tenía frecuentemente movimientos de cólera y de viveza no se necesitaba más que una palabra para hacerle volver a su natural bondad. Uno de sus cocheros le hizo volcar: por dicha no quedó herido; pero se puso estrañamente colérico contra su anciano criado, y aun se dirigía á él con el bastón levantado cuando este le dijo:

—Señor, ¿no habeis perdido jamás una batalla, vos que sois el primer general del mundo? Pues bien, esta es una batalla que he perdido; ¡y es la primera despues de treinta años! ¿Creeis que no lo siento yo tanto como vos mismo?

No pudo menos el rey de echarse á reir, y se apaciguó su cólera.

Convengamos, sin embargo, que en medio del campamento en ciertas circunstancias, era de un rigor inflexible cuando se trataba de la disciplina militar. En la época de la invasión de la Silesia, Federico el Grande, queriendo hacer con el mas grande secreto algunas mudanzas en la disposición de su campamento, había ordenado bajo pena de muerte que todas las luces se apagasen á cierta hora de la noche. Para estar mas seguro del cumplimiento de su voluntad, él mismo hizo una ronda, inspeccionó los diferentes cuarteles que ocupaban sus tropas, visitó atentamente cada tienda, una despues de otra; en todas partes reinaba profunda oscuridad. La batalla debía darse á la mañana siguiente. Ya Federico se felicitaba de una medida que iba á asegurarle la victoria, cuando al pasar cerca de la tienda del capitán Zietern, creyó entrever un débil resplandor, cuya sombra, casi imperceptible, se proyectaba en la parte de afuera. Furioso de que hubieran osado así faltar á su consigna, entró bruscamente... ¡Desgraciado el temerario que sorprenda en fragante delito! En aquel momento el capitán cerraba una carta que acababa de concluir para su madre á la claridad de una moribunda lámpara que por precaucion, ¡ay, bien inútil! tenía oculta detrás de la cabecera de su cama, cubriéndola con la mano que le quedaba libre. ¡Desgraciado! A la sazón alabanzas maternales quería reunir el elogio de un príncipe que amaba: este fatal retardo de algunas pocas líneas va á causarle la muerte.

—¿Qué haceis? le dijo el rey con un tono severo al culpable: ¿no conociais mi orden? La habeis infringido: debeis ateneros á todo el rigor de las leyes. ¡Es preciso un ejemplo!

—Señor, perdon, perdon! exclamó el desgraciado arrojándose á los pies de Federico.

No trató ni aun de excusar su falta.

—No temo morir, replicó con una voz firme; pero ¿qué será de mi madre? A esa madre querida es á quien escribía olvidando vuestra prohibicion; está siempre inquieta, alarmada, desde que me separé de su lado, y yo trataba con todas mis fuerzas de tranquilizarla sobre la suerte de su hijo. Mi madre sola hubiera sido capaz de hacerme culpable de desobediencia con mi soberano.

—Levantaos, y añadid estas palabras por posdata de vuestra carta. «Mañana moriré en un cadalso.»

El intrépido capitán obedeció la orden real. Volvió á coger la pluma, y firmó sin ponerse pálido, dictándosela el rey, la inexorable sentencia de muerte anunciada en forma de posdata á su desventurada madre.

A la mañana siguiente la sentencia recibió su ejecucion. ¿Es este, pues, el mismo príncipe que nuestros teatros han celebrado tantas veces como amable, benefico y familiar con sus pages?

No era menos sensible á sus rasgos de talento que á la bondad de su corazón.

Acabando de llamar un día á uno de sus pages, salió á buscarle, y lo encontró dormido en su cuarto. El joven tenía sobre sus rodillas una carta, en la que su madre le daba las gracias por los socorros que le enviaba. Cogió la carta y la leyó. Conmovido de las virtudes del hijo y de la necesidad de la madre, puso un cartucho de cien ducados en el bolsillo de su page, y se retiró sin que lo sintiera. Cuando se despertó, mandó el rey que enviase aquella suma á su madre.

Reíase muchas veces de las travesuras de sus pages. Un día que miraba por una ventana, un espejo le denunció á uno de ellos que estaba tomando un polvo de tabaco de su caja colocada sobre la mesa. El rey le dejó hacer sin decirle nada: pero al volverse á sentar:

—Esta caja de tabaco, le dijo: ¿te gusta?

Embarazado el aficionado no sabía que responder.

—¡Vamos, habla! En fin, el page le confesó que le parecía muy hermosa.

—Pues bien, le dijo Federico, tómalala, porque es muy pequeña para los dos.

Bien podía con todo mostrarse liberal, y aun pródigo en punto á cajas de tabaco: era el único objeto de lujo que se permitía. Poseía de ellas hasta mil quinientas, muy ricas la mayor parte. Solo su madre le dejó mas de seiscientas. Tenía casi siempre cuatro, cinco ó seis, tanto en los bolsillos como sobre la mesa. No tomaba sino tabaco de España.

En cuanto á sus muebles, eran antiguos y muy sencillos; pero recordaban que había preferido los colores bajos y delicados, el rosa sobre todo. Aquellos muebles tan modestos estaban además roídos por sus lebreles, que quería mucho, y se contentaba con chancearse por los destrozos que hacían sus perros favoritos.

—Mis perros, decía un día, destrozan mis sillones. ¿Y qué se ha de hacer? Si los hago componer hoy, volverán á empezar su tarea mañana, con que no hay mas que tener paciencia.

Miraba con prevención á todos los que sus perros acogían mal, imaginándose que el olfato ó el instinto de estos animales podían hacerle conocer si se aproximaban ó no con mala intencion.

En sus viages y aun en sus guerras, llevaba habitualmente una de sus perras, y la solía llevar arrimada al pecho y debajo de su capa. Cuentan que en una de sus campañas, habiendo ido á reconocer al ejército enemigo, y encontrándose perseguido por los austriacos de manera que estuvo á punto de ser cogido, había encontrado en un recodo al bajar una colina, un paente, bajo el cual se había ocultado; los enemigos habían pasado y repasado por

encima de su cabeza, sin ocurrírseles siquiera la idea de mirar debajo del puente, y en estas circunstancias su per-rita, que en general era muy ladradora, apenas había respirado, lo que le chocó tanto mas, cuanto que temia, sobre todo, que le descubriese ladrando. Así es que desde en-

En un regimiento de húsares de guarnicion en Silesia se encontraba un viejo soldado de mas de setenta años que disgustaba al general: sus arrugas, sus canas, decia, no pintaban bien en un cuerpo como este. Largo tiempo le atormentó para decidirle á que se retirase á entrar en los inválidos.



Asombróse el hijo de Federico Guillermo al hallarse delante de semejante aparición. Federico Guillermo había vuelto de su letargo...

tonces le fué mas y mas querida, y cuando murió le hizo erigir en los jardines de San Souci un sepulcro de mármol con un honroso epitafio.

Una de estas perras salvó su libertad: la abnegación de un criado le salvó la vida.

El anciano húsar era casado: su muger no era menos vieja que él, los dos hubieran perdido el alivio qua recibían con la paga de su hijo, valiente soltero que según las leyes prusianas pertenecía al mismo cuerpo, y vivía en el mismo cuarto con ellos.

No teniendo ninguna reconvenccion que hacer al anciano soldado y no pudiendo entonces hacerlo declarar inválido por su propia voluntad, el general resolvió privarle de su hijo, esperando librarse así del padre, ya por la miseria, ya por el pesar de la separacion. Con este designio, escribió al rey, le suplicó que habiendo en su regimiento un jóven muy alto, buen sugeto y no siendo á propósito para húsar, tuviese á bien pasarlo su magestad al regimiento de guardias donde convendría mucho mejor. Aceptó el rey la oferta, y el jóven partió para

pobre jóven, si tengo la felicidad de complacer á mi amo.

—Pues bien, le dijo Federico, quedate á mi lado, cumple bien con tu obligacion, y yo cuidaré de tí. Tus camaradas te dirán lo que tienes que hacer. Pero hijo mio, es preciso aqui ser exacto al minuto, y para esto necesitas un buen reloj. Vete á casa del relojero N., dile que me sirves y te dará un reloj de plata por el que te pedirá cuarenta escudos; los pagas: ademas de esto, te comprarás los zapatos, seis camisas, seis corbatas, seis pares de medias y doce pañuelos, lo que te costará otros tantos escudos: aqui



Los pobres cervecedores con sus mugeres é hijos se arrojaron á los pies del rey, y le suplicaron los salvase de su inevitable ruina....

Postdam dejando á sus padres en un indecible dolor. A la llegada del ex-húsar, el rey quiso verle ¿Estaba instruido de la malevolencia del general, ó fué una feliz casualidad? Sea de esto lo que sea, Federico, en lugar de hacerse presentár el soldado en la parada, le hizo llamar á su cámara, y despues de haberle examinado le mandó que se probase una librea.

Cuando el húsar se presentó con este vestido tan nuevo para él, el rey le preguntó si se hallaba bien así.

—Me encontraré siempre perfectamente bien, replicó el

tienes la suma necesaria para estos gastos: vé á hacerlo, y conmigo sé exacto, fiel y discreto. En cuanto á tu sueldo recibirás tanto por mes, ademas diez escudos para poder atender á tu alimento y demas gastos.

En la extrema alegría que experimenta el jóven, la primera cosa que le hace pensar es en sus padres.

—¿Cuánto para mí! decía, y mi padre y mi madre ¡cuánta necesidad! ¿No podría yo enviarles los cuarenta escudos del reloj y pedir prestado á mis camaradas, con la condicion de reembolsarles cinco escudos cada mes?

A atormentado de esta idea, la comunicó á sus camaradas que le prestaron cuarenta escudos, tuvo el reloj y socorrió á sus padres. Pero Federico lo sabía ya todo.

—Te he dado, dijo á la mañana siguiente á su criado, dinero para comprar un reloj, y tú se lo has mandado á tus padres. Has creído hacer una buena acción, y no conocías que cometías una infidelidad. Es muy justo socorrer á sus padres cuando se hallan necesitados, y sobre todo cuando son ancianos ó enfermos: pero no debemos emplear en esto sino lo que sea nuestro: porque el dinero que yo te he dado no era tuyo: lo recibiste con condición de hacer de él el uso que yo te había mandado. Por esta vez te perdono, porque un sentimiento puro te ha estraviado, y has cedido á tu buen natural. Te doy en este momento con que puedas pagar á tus camaradas; pero cuidado que te prohíba contraer nuevas deudas.

Muy pronto recibió Federico la recompensa de los beneficios hechos á tan buen criado. Atacado de un violento acceso de gota, hace llamar á su médico, que hallándole con una gran calentura y un estremo ardor y resequedad, juzgó que era urgentísimo provocar la transpiración, y mandó un remedio adecuado para producir este efecto. Pero el rey quiere saber lo que le han recetado, desecha cuanto le propone, y hasta concluye por despedirle tratándole de asno. Al llegar á la antecámara, el doctor declara á los criados que el rey se halla muy malo: que es importantísimo hacerle sudar: que es preciso á toda costa impedir que se desarrope el enfermo, y envolverle en mantas hasta que haya sudado abundantemente.

Juzgaron los criados que el joven húsar era el que mas fácilmente podría lograr esto del rey. Encargáronle pues que se quedase en vela la noche aquella, comision que acepta no sin temor. Trajeron la bebida á las diez de la noche; inmediatamente el húsar entró en la alcoba del rey llevando en la mano la medicina.

—¿Qué traes ahí? le dijo Federico.

—Señor, la bebida que ha recetado el médico.

—Arrójala al fuego.

—¿Pero, señor, si es precisa!

—No la quiero.

—Señor, el médico ha mandado que os la trajéramos.

—El médico es un asno.

—Señor, ha declarado que es indispensable que la tomeis.

—Digo que no me dá la gana.

—Dice que sin esto no sudareis, y que es preciso el sudor para curaros.

—No sabe lo que se dice.

—Sin embargo, nos ha recomendado mucho rogásemos á Vuestra Magestad que la tomase.

—No me canses inútilmente: retírate.

—Pero señor, el que ha mandado este remedio ¿no es el médico, y muy decidido por Vuestra Magestad?

—Me fastidias, no seas cansado.

—Señor, ha dicho que iba en ello vuestra vida.

—Yo te mando que te vayas.

—Y nuestro deber ¿no nos obliga á suplicar á Vuestra Magestad, que tome un remedio que debe curarle?

El rey se encolerizó, juró: mandó, y amenazó. El joven por su parte, con la medicina siempre en la mano, rogó, suplicó, conjuró, se puso de rodillas, lloró á lágrima viva, declaró someterse á todo, con tal que pudiera contribuir á

salvar á su Magestad, y permaneció inalterable. Duró aquella lucha hasta cerca de la media noche: cansado entonces el rey, fatigado, sin fuerzas, se determinó á tomar la medicina para libertarse de tanta importunidad, y gozar de algun descanso. Pero muy pronto se suscitó un nuevo combate entre el amo y el criado. Obró el remedio, excitó en todo el cuerpo del monarca un calor abrasador y difícil de soportar. El rey quiso desarroparse, y el lacayo se le opuso: el príncipe tiró una manta, y su enfermero se apresuró á volvérsela á echar encima: el primero trató únicamente de sacar un brazo de la cama, el segundo inmediatamente se lo envolvió lo mejor que pudo con la ropa: siempre suplicando, rogando, pidiendo perdón, y echándose casi sobre la cama del enfermo que se enfada, grita, y amenaza en vano. Este nuevo combate duró hasta muy cerca de las tres de la madrugada, momento en que comenzó al fin el sudor. Menos atormentado el rey, se quedó mas tranquilo, y conoció que el médico y el criado habían tenido razón: así le dijo á este último:

—Vamos, hijo, ya no tengo necesidad de tí. Estoy sudando, y no siento aquel calor violento que me agitaba: te prometo que no me desarroparé mas, estás seguro, y vete á descansar, porque estás muy fatigado.

El criado hizo como que obedecía, y se retiró á un rincón, desde donde sin ser visto, continuó velando sobre su amo, hasta que éste se quedó dormido. A la mañana siguiente el rey se encontró mucho mejor. Se levantó é hizo llamar á su joven enfermero:

—Hijo mío, le dijo, eres un valiente muchacho, cumple bien con tu deber, que estoy muy contento contigo: me has servido esta noche con mucho celo. Toma, ahí tienes cincuenta ducados, para que los mandes á tus padres.

El general que con tan cobarde encarnizamiento había perseguido al anciano húsar, tuvo la bajeza de venir á felicitar á Federico por la elección que había hecho del hijo de su víctima.

—Retiraos, le dijo bruscamente el rey: sois un valiente, pero no teneis entrañas. En lo sucesivo guardad mas consideraciones á mis viejos soldados.

Esta aventura hizo á Federico ser tal vez demasiado severo con otro general que acababa de permitir á los capitanes de su regimiento, hacer durante la paz, el comercio de cerveza. Los pobres cerveceros de oficio se arruinaban con semejante concurrencia, y así un día que se hallaba el rey de paseo, vinieron con sus mugeres y sus hijos á arrojarle á los pies del rey, y á suplicarle los salvase de su inevitable ruina. Federico escuchó con afabilidad sus quejas, se enteró de ellas, y conoció la razón que asistía á sus pobres súbditos. Indignado corrió al cuartel del general de quien se quejaban, y al que encontró á caballo.

—¿Qué postura teneis! le dijo secamente: pareceis á un mozo cervecero.

—Señor, le replicó el general vivamente herido, no es como vendedor de cerveza, sino como oficial como os he servido hace largo tiempo: pero puesto que me injuriáis, rehusais mis servicios. Así os doy mi dimisión.

Federico aceptó. Despues lo mandó preventivamente arrestado por causa de insubordinación militar. En cuanto á los capitanes fueron enviados á la fortaleza de Spandau. El mote de general cervecero le quedó por toda su vida

al antiguo oficial, á quien sin embargo, perdonó el rey en consideración á sus antiguos y buenos servicios. Puede decirse también que había quedado cruelmente castigado con el cáustico nombre que le había dado el monarca, y que no se olvidó jamás.

Otro día continuaremos refiriendo mas anécdotas históricas de este gran rey, de esta colosal figura, que tan interesante y distinguido lugar ocupa en el cuadro del siglo XVIII.

## ESTUDIOS MORALES.

### LOS DOS ALTARES.

#### I.

##### EL ALTAR DE LA LIBERTAD.

El sol se oculta macilento y helado en el Occidente en una tarde de invierno, las grandes masas de nieve que cubren la cumbre de los montes, se iluminan con un tinte carmesí que degenera en un color casi de lila. Desencadenado en el llano silba y cruje el frío del invierno por el presagio de una tempestad por la noche, levantando bruscamente la capa de los viajeros arrollandola alrededor de sus cuellos, y helando las manos y las narices de los bastante imprudentes para esponerse á su contacto.

—¡Viva! dijo el pequeño Dick Ward que estaba de pie sobre una hacha de leña verde, ¡cómo sopla el vendabal!

Porque han de saber nuestros lectores que Dick había sido enviado en compañía de su hermana Gracia á recoger ramaje y astillas del monte: ocupacion, como todos saben, mirada en los tiempos antiguos como sana y agradable, eminentemente propia para formar las generaciones futuras. Subido una vez sobre esta pila de leña, había plantado en medio una varita á la que hacia todos los esfuerzos posibles por atar sólidamente su pañuelo de percal encarnado.

—¡Animo, Gracia, decia de tiempo en tiempo, despáchate en recoger ramas y troncos secos.

—Yo bien quisiera, dijo Gracia, pero ya ves que los palitos y astillas están todos cubiertos de hielo, y me se enfrían muchísimo los dedos.

—No te entretengas en soplar á los dedos; todo el mundo se burla del hielo. Recoge pronto la leña, te digo, y bien pronto haré ondear ante tus ojos la bandera de la libertad.

Dócil á esta exhortacion un poco imperativa, Gracia hizo en un momento una gran provision de astillas y palitos de leña, sin apercibirse de que ocultando el punzante dolor que sentía en sus helados dedos, depositaba también en un sentido simbólico, su ofrenda sobre el altar de la libertad. En fin, acababa de terminar su tarea, cuando el pañuelo encarnado que Dick acababa de atar sólidamente, se desplegó haciendo crujir sus pliegues en el impetuoso viento de la tarde.

—¡Ahora, Gracia, da un viva y echa tu sombrerito al aire, replicó Dick bajando de su pila de leña.

—¡Pero no se le llevará el aire á algun rincon de los de la pila de leña! dijo Gracia con inquietud.

—No tengas miedo, Gracia, y grita conmigo ¡viva la libertad! y echaremos juntos tu tu sombrero, yo mi gorra, y jugaremos á los soldados, y yo seré el general Washington.

Lanzados al mismo tiempo el sombrero de Gracia y la gorra de Dick, revolotearon en el aire. Al mismo tiempo la bandera se sacudia fuertemente con el aire, y los niños manifestaron su alegría con las mas ruidosas demostraciones.

El viento agitando el sombrero de paja de la pobre Gracia, lo llevó bruscamente muy lejos por el campo cubierto de nieve, y fué magestuosamente á engancharse en un poste de una altura desmesurada.

—¡Mira ahora, ¿no ves dónde ha ido á parar mi sombrero? ¡Oh! qué dirá ahora la tia Hitty, dijo llorando.

—No llores, Gracia: tú no habias ofrecido nada á la libertad. Tú sabes que es glorioso sacrificarlo todo por la libertad.

—¡Oh! pero tia Hitty no cree en eso.

—Y bien, Gracia, no llores. ¡Qué tonta eres! ¿crees tú que yo no puedo alcanzar tu sombrero? Vamos, suponte que ese gran poste es un fuerte donde se halla prisionero tu sombrero: vas á ver como me apodero de la fortaleza y te devuelvo tu sombrero.

Y diciendo estas palabras echóse un palo á la espalda á modo de fusil, y echó á correr como un rayo.

—Pero que puede detener fuera de casa tanto tiempo á estos niños. Yo creia que no habian salido mas que á recoger algunos palitos y astillas de leña, dijo la tia Mehtabel, el fuego no tardará en apagarse.

A estas últimas palabras, Gracia llegaba á la puerta de la casa llevando un saco de leña. Antes de entrar, sacudióse la nieve que llevaba encima. La primera persona que vió cuando le abrieron la puerta fue la tia Mehtabel, cuyo gesto enfadado no le prometia nada bueno.

—Gracia, me dirás... habla, niña... traes las manos heladas... ¿Dónde puede estar Dick? ¿Cómo habeis tardado tanto tiempo?... ¿Y que has hecho de tu sombrero?

Aturdida por este diluvio de preguntas no encontró la pobre Gracia ni una palabra que responder, pero se deslizó furtivamente en el mas oscuro rincon de la habitacion donde su abuela tenia la costumbre de hacer media. Allí comenzó á soplarle los dedos y restregarse las manos, pero habiéndolo hecho, con este nuevo ejercicio era insoponible el dolor que le causaba el frío, y no tardaron en correr sus lágrimas en silencio por sus mejillas.

—¡Pobre niña! dijo la abuela poniendo las manos de su nieta entre las suyas. Hitty no regañará. La abuela sabe que sois juiciosas... el viento es el que se ha llevado el sombrero de la pobre Gracia.

La abuela le enjugó las lágrimas, y le limpió el rostro, y le dió un caramelo, y Gracia volvió á recobrar su valor.

—Mi madre echa á perder á los hijos de Ward, dijo la tia Mehtabel soplando con ardor la lumbre, vaya un poco de azúcar fuera de propósito; absteneos si podeis, ma-